

Gaspar Núñez de Arce

## ¡Treinta años!

### Poema original:

¡Treinta años! ¿Quién me diría  
que tuviese, al cabo de ellos,  
si no blancos mis cabellos,  
el alma apagada y fría?  
Un día tras otro día  
mi existencia han consumido,  
y hoy, asombrado, aturdido,  
mi memoria se derrama  
por el ancho panorama  
de los años que he vivido.

Y aparecen ante mi  
fugitivas y ligeras,  
las venturosas quimeras  
que desvanecerse vi:  
la inocencia que perdí,  
y aquel vago sentimiento  
que animó mi pensamiento  
cuando eran mis alegrías  
las mágicas armonías  
del mar, del bosque y del viento.

Han sido para mi daño,  
en la vida que disfruto,  
un siglo cada minuto,  
una eternidad cada año.  
El dolor y el desengaño  
forman parte de mí mismo,  
y el torpe materialismo  
de esta edad indiferente,  
cubre de sombras mi frente  
y abre a mis pies un abismo.

Sacude el mar su melena  
de crespas olas, rugiendo,  
y con pavoroso estruendo  
los aires asorda y llena.

Pero una playa de arena,  
su audaz cólera contiene...  
¡Ay! ¿Quién habrá que refrene  
el tormentoso oceano  
que en el pensamiento humano  
ni fondo ni orillas tiene?

¡La razón!... Tanto se encumbra,  
tan locamente camina,  
que ya no es luz que ilumina  
sino hoguera que deslumbra.  
Al horror nos acostumbra,  
siembra de ruinas el suelo,  
y en su inextinguible anhelo  
álzase hasta Dios atea  
con la sacrilega idea  
de derribarle del Cielo.

He visto tronos volcados,  
instituciones caídas  
y, tras recias sacudidas,  
pueblos y reyes cansados.  
Propios y ajenos cuidados  
muévenme continua guerra,  
y mi espíritu se aterra  
cuando, perdida la calma,  
siento rugir en el alma  
la tempestad de la tierra.

Cuando pienso en lo que fui,  
hondas heridas renuevo,  
y me parece que llevo  
la muerte dentro de mí.  
No veo lo que antes vi,  
no siento lo que he sentido,  
no responde ni un latido  
del corazón si a él acudo,  
llamo al Cielo, y está mudo,  
busco mi fe y la he perdido.

Infeliz generación  
que vas, con loco ardimiento,  
nutriendo tu entendimiento  
a expensas del corazón,  
dime: ¿no es cierto que son  
vivas tus penas y ardientes?

¿No es verdad que te arrepientes  
presa de terrores graves,  
de los misterios que sabes  
y de las dudas que sientes?

¡Yo sí! Feliz si lograra,  
después de mis desengaños,  
lanzar hacia atrás los años  
que el destino me depara.  
Pero ¡ay! el tiempo no para  
ni tuerce su curso el río,  
ni vuelve al nido vacío  
el ave muerta en la selva,  
¡ni quiere el cielo que vuelva  
la esperanza al pecho mío!

4 de agosto de 1864